

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 3, Diciembre 1994

Regreso

David Mahuas

pp. 97-98

Regreso

David Mahuas

SIEMPRE había que volver con un gran título en la mano... Uno no se podía dar el privilegio de presentarse desnudo y sin nada para hacer. Regresar significaba haber triunfado tanto que lo único que restaba era una simple visita familiar y alguna exposición fotográfica pomposa y llena de críticas amables en los diarios, realizadas por aquellos que se quedaron, que permanecieron... Gustavo pensó en "aquellos que se quedaron" y no pudo resistir las ganas de reventar a carcajadas o de llorar por tanta imbecilidad. En este caso era exactamente lo mismo... Miraba a Buenos Aires desde esa ventana de bar enorme y llena de marcas de dedos de chicos que se acercaban a olfatear, a mirar, a evaluar si valía la pena entrar y así conseguir algunas monedas en ese día despejado pero frío... "Los que permanecieron", y él creyéndose tan superado con su pasaporte lleno de sellos y su lenguaje entreverado con palabras cuya existencia desconocía unos años antes. Porque vivir en Buenos Aires era otra cosa; era una biblioteca repleta, pero en español; era un cine a dos pesos la entrada, y era un mediodía como ése sin nada para hacer y un cortadito en una esquina cualquiera. En el fondo los envidiaba... El tiempo y las cartas que nunca llegaron ni fueron escritas le enseñaron que algo de incapacidad había en tanto avión, tanto pasaje por perforar, tanta en-

trevista en capitales europeas. Sí, los envidiaba, pensó en el mismo momento en que el mozo, ligero y de bigote bien arreglado, le traía ese café por un peso cincuenta, con esa mirada tranquila del que no busca demasiado o del que sabe que todo puede ser encontrado debajo de la mesa, entre las líneas de una cuenta de teléfono, una mujer que grita en un orgasmo inacable o una propina insignificante que le permitiría tomarse un cortadito en alguna otra esquina sin nombre, enmarcada en un gran ventanal.

¿Por qué no envidiarlos, en el fondo...? Esa gente que tenía la capacidad de nacer, crecer, hacer amigos, llorar, hacer el amor y morir en un mismo lugar. Rodeados de infancia y de idioma, de olores conocidos y de callejones con nombre y apellido. Pero él no podía, y lo sabía, así que no tenía sentido seguir girándole al asunto... Cuando uno se va ya no hay más vuelta que de visita, o una exposición o una cátedra... En el fondo, ya no hay más vuelta, y esas pequeñas sinceridades para consigo mismo eran lo único real en ese equipaje cargado de títulos y de *curriculum vitae* que abarcaba hojas y hojas bien impresas. Ese manojo de verdades irreprochables que se iban sumando a fuerza de esquinas y de calles, apareciendo sin ser llamadas, y dejándonos en un estado tan muerto que no nos quedaba otra posibilidad que hacerle señas al mozo

Nació en Buenos Aires y actualmente reside en Jerusalén. Cursó sus estudios en la Academia de Arte y Diseño Betzalel en el marco del Departamento de Fotografía y Video. En 1992 presentó una exposición fotográfica en Buenos Aires, y cortometrajes en distintas exposiciones grupales. Tomó clases de literatura en el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén.

para que nos traiga la cuenta y salir disparando, en un intento de despistarnos a nosotros mismos, de dejarnos abandonados dentro de una taza de café inacabada...

Gustavo salía a ese frío húmedo que no dejaba escapatoria alguna. Se subió el cuello del saco (saco largo, negro, bien de moda, unos dólares, un atado de Malboro en el bolsillo y algunos preservativos por las dudas) y se quedó un instante en el lugar, pensando hacia dónde dirigirse. Miró su reloj y advirtió que le quedaban unas horas libres antes de la entrevista con ese crítico del diario. En otro momento hubiese intentado prepararse, verificar respuestas, traer todo tipo de argumentos bajo el brazo, pero sin terminar de bajar el brazo ya se encontraba a zancos detrás de esa mujer que se repetía... Se repetía volviendo a su andar, a su vestimenta, a sus curvas, a su ramo de flores en una mano derecha que caía como muerta, y a sus tumbas. Porque era otra mañana en la Chacarita, ese cementerio superpoblado de barrios de primera clase y simples catacumbas apiladas para el burgo. ¿Qué lo había atraído todas las mañanas a pasear por esas calles simétricas, esas esquinas fielmente diseñadas, esos árboles frescos? No lo sabía ni intentaba encontrar una respuesta. Había sido unos días atrás, en que la casualidad de una caminata sin demora lo condujo a esa ciudad de atmósfera densa y agobiante, enmarcando un sin fin de habitantes silenciosos, reclusos en esa infinita eternidad. Recordó que desde chico había encontrado algo de curiosidad entre tanta muerte. Visitando cementerios en cada ciudad donde llegaba y contando hasta con alguna deliciosa experiencia necrofílica sobre alguna tumba tan vieja, que ni las fechas le era posible desentrañar. Había sido en los albores de su adolescencia tardía (adolescencia tardía, tan argentina, tan freudianamente proclamada) con alguna mujer de pueblo de sexo dispuesto y de nalgas ardientes. No recordaba haber sentido remordimiento alguno ni tampoco el motivo de su visita a aquel lugar. Seguramente pertenecía a alguno de esos viajes deliberados con cámara fotográfica al hombro, plata de papá y un par de gran angulares de diafragma mínimo. Recuerda, sí, una mateada en alguna casa de patio amplio (raro, pues nunca le había agradado el mate, ni el fútbol, ni Cortázar) y una mujer de ojos aindiados, pelo negro y largo y aquella facilidad con que lo invitaba a dar una vuelta. Y la vuelta al cementerio, y la mano agarrando su miembro duro y fácil de satisfacer... y curiosidad, mucha curiosidad sintetizada en un deseo prohibido y profana-

dor... Pero habían pasado tantos años que la memoria ya los entreteja pacientemente dentro de su trampa inadvertida.

Pero no, se aseguraba a sí mismo Gustavo, no era la repetición de aquella pueblerina en celo, era otra cosa... Algo en su andar monótono y decidido... con algo de vuelta, de regreso en esos pasos; sintiéndose satisfecho por el descubrimiento, por haber encontrado las palabras justas que le permitían esa dosis de vacuna contra la vida. Mirar desde arriba, observar detrás de unas oraciones bien enumeradas y de una bibliografía al alcance de la mano.

La siguió a una distancia considerable para no ser visto. Vestía una pollera roja, ajustada a sus piernas bien formadas, una blusa clara y un saco que insinuaba un busto maduro y controlado. Sus pasos era rápidos pero pausados; su mano derecha arrastraba un ramo de rosas blancas, todas blancas, enfermantemente blancas. Esto último lo alcanzó a descifrar Gustavo en el momento mismo en que la mujer dobló a la derecha, perdiéndose por entre esas hileras interminables de bóvedas de familias ilustres (perdón, Familias Ilustres). Juan Domingo Perón quedaba atrás, a su derecha, y ya era algún otro prócer que lo observaba en su persecución ridícula.

Giró en la primer perpendicular a la derecha y alcanzó a ver la sombra de ella persiguiéndose, dejándose oír como un metrónomo extraviado. Eran tres alucinados siguiéndose en ese paisaje lúgubre de mediodía solitario. Como seres buscándose sin conciencia, que corrían unos en busca de otros atravesando calles paralelas.

Ella giró nuevamente a la izquierda y unos segundos después también él. No vio nada. Una calle larga y deshabitada. Sin rumores. Sin respiros. Caminó despacio, en silencio, verificando puertas y más puertas cerradas con cadena y cerrojo oxidado. No, no podía ser, se repitió a sí mismo casi en voz alta, en el mismo instante en que la sombra de ella se proyectaba perfecta contra los vidrios de una puerta arrimada. En un impulso abrió sin descisión, y ni ella lo percibió mientras, piernas abiertas y jadeante, se balanceaba sobre un ataúd, sobre el cual no se describían los años, las flores sobre lo que sería seguramente la parte superior del cuerpo, y un movimiento circular a la altura de un sexo muerto y putrefacto, manjar de los gusanos y del tiempo, coronado de un orgasmo silencioso, desgarrador y fascinante...